

Desenmascarar al tirano



Andrei Chtcherbine

Prólogo

Hace unos 475 años, Étienne de la Boétie escribía su gran obra “Discurso sobre la servidumbre voluntaria”. A pesar de este y otros aportes que ha habido a la teoría libertaria, principalmente en el siglo XIX en adelante, la obediencia y la servidumbre siguen formando la base de las sociedades humanas. Con el presente escrito pretendo explicar cómo funcionan algunos de estos mecanismos.

El Estado de la época de Étienne de la Boétie era un Estado que llamaremos paternalista: una institución piramidal jerarquizada y rígida que recurre a la represión más severa y directa para mantener el poder, cuya naturaleza en aquél entonces era justificada con una fábula religiosa. Este Estado paternalista viene, justamente, a representar la figura paterna de la sociedad que acepta ser “educada” y dirigida en todo sentido por esta autoridad.

Étienne de la Boétie estaba sorprendido de cómo las personas se dejaban someter y se subordinaban al rey, un único señor al que le otorgaban el poder absoluto tanto para hacer el bien como para hacer el mal – entregándole sus vidas, que podían depender del capricho momentáneo de esa única persona.

Hoy sabemos un poco más sobre la psiquis humana y tenemos más experiencia en distintas formas de explotación y revoluciones para tratar de entender por qué las personas se dejan someter – aunque todavía no hemos encontrado la cura. La fuerza de la tradición es enorme y, combinada con la represión y el adoctrinamiento, hace difícil el progreso hacia una visión clara de lo que realmente es el Estado y de cómo funciona su maquinaria.

A pesar de ello, y recordando a Jean Rousseau, podemos afirmar que: “El más fuerte nunca lo es bastante para dominar siempre, sino muda su fuerza en derecho y la obediencia en obligación.” Entonces, haciendo la retrospectiva de la mutación de esa fuerza, podemos ver cómo el Estado fue pasando de la forma bruta, tosca y represora a formas más sofisticadas de control. La razón es exactamente la que señalaba Rousseau: dominar por medio de la fuerza directa es, a la larga, agotador para el Estado, termina generando mecanismos de resistencia y, en definitiva, prepara el terreno para una revolución.

Es cierto, un régimen déspota, dictatorial, autoritario, puede durar cientos de años, pero tarde o temprano cae y al hacerlo genera más daño estructural que una transición “voluntaria” hacia otro tipo de Estado. Sencillamente, si “el pueblo” llegara a derrotar al régimen, es imposible que con esa victoria no tome conciencia de su propia fuerza.

Capítulo 1

Los 3 pilares del Estado liberal moderno

El Estado liberal moderno se sostiene, básicamente, sobre tres pilares: la meritocracia, el libre mercado y la democracia.

La meritocracia es el supuesto de que todas las personas obtienen una recompensa equivalente a su mérito o esfuerzo. Quienes tienen mucho es porque se han esforzado mucho para tenerlo y quienes tienen poco, pues, no se han esforzado lo suficiente. Creo que a estas alturas es obvio que la meritocracia es una propuesta falaz para justificar las desigualdades más radicales, que presenta como argumento algunos casos específicos de superación personal. De ninguna manera esos casos aislados pueden servir de base para justificar las desigualdades estructurales. Ejemplos como: “nació en una villa y trabajando duro se convirtió en millonario” lo único que logran es estigmatizar aún más a los pobres.

El sistema los ha marginado, los ha embrutecido, los ha privado de posibilidades y ahora también los ha hecho culpables de sus propios males ya que “no se esfuerzan” lo suficiente, porque “cuando se quiere, se puede”. Los que, por otro lado, poseen el “mérito” a menudo cuentan con ventajas importantes como una herencia, una educación, una vivienda o simplemente comer todos los días.

No hay ningún “mérito” en la suerte: el sistema privilegia al que nace rico y, en definitiva, es sólo otra forma de defender al status quo. La ecuación es sencilla: no hay igualdad de posibilidades y, por más que la hubiera, no se puede invocar una falta de mérito para que alguien muera de hambre o por falta de atención médica, para que no tenga dónde dormir o se vea expuesto a un ambiente totalmente contaminado. La meritocracia es un engaño que sirve para perpetuar la desigualdad.

Es triste que algunas personas se lo han creído y se la pasan culpando a los pobres de su propia pobreza. Si “son pobres porque quieren”, entonces ¿por qué deberíamos sentirnos mal por quién sea? La meritocracia puede parecer algo inofensivo, pero es un dogma altamente tóxico y punitivista que ha degradado aún más a las sociedades desiguales.

Este punitivismo ha llegado a sus extremos cuando se sostiene que todo tiene que ser obtenido por medio de un sacrificio inhumano y dejándose explotar al máximo “agarrando la pala”, pero cuando alguien consigue burlar este sistema y obtiene algo “de arriba” cae sobre esa persona un odio total: los beneficiarios de planes sociales y los presos entran así en una categoría de cuasipersona. Como resultado tenemos una sociedad con gran prevalencia de pobreza que se culpa a sí misma, mejor dicho, los pobres nos culpamos los unos a los otros, negando los problemas estructurales de la sociedad, sin embargo, sería absurdo reducir este problema a una cuestión de ricos y pobres, o a una cuestión de clase, asunto que abordaré un poco más adelante.

El libre mercado es otra máxima de este liberalismo: se supone que la no intervención del Estado en los mecanismos del mercado aseguraría la competencia sana entre empresas y garantizaría el bienestar económico. La práctica demuestra que no existe libre mercado en una situación de desigualdades tan marcadas como la diferencia entre PYMES y empresas transnacionales gigantescas. Si, el Estado no interviene mucho, pero el capitalismo tiende a una mayor concentración de riqueza en pocas manos, algún liberal dirá que eso es consecuencia de una competencia limpia, pero sólo es una forma de explicar la desigualdad, de justificarla y de perpetuarla.

Es terrible que, dentro de estos planteos, aparentemente neutros y despojados de emociones, de carga social, “el trabajador” aparece como un actor independiente, que elige para quién quiere trabajar, a quién le vende su fuerza de trabajo. En realidad, no hay una verdadera elección de por quién nos vamos a hacer explotar, un poco mejor o un poco peor, eso no resuelve las estadísticas y mucho menos en un contexto de escasez de empleo.

El concepto de libre mercado está estrechamente relacionado con la meritocracia y opera de la misma manera, cargando toda la responsabilidad sobre el individuo que, si es pobre es porque elige serlo y si es explotado también, porque ¿quién le impide buscarse otro trabajo mejor? De esta manera, en un mercado cada vez más exigente, donde ni siquiera alcanza ya con un título superior para acceder a un empleo digno, ni hablar del secundario, se culpabiliza al individuo por permitirse explotar en un trabajo de porquería, siendo que ir a la universidad, así sea pública, está reservado a una minoría. Culpable de no pertenecer a un sector intelectual, por tanto, culpable de su propia explotación. La culpa no es del mercado, que es un ente objetivo y neutral.

La escuela y la universidad, en este sentido, cumplen con una función necesaria para separar la población en sectores más y menos explotables, incluso no solamente desde los trabajos en sí, sino que el mismo individuo se siente menos capaz por no haber realizado estos estudios y no aspira a un trabajo mejor remunerado. Se sabe, que si no terminó la secundaria va a tener que contentarse con un trabajo probablemente informal y mal pago, si no hizo un estudio superior sabe que terminará probablemente en una fábrica o siendo personal de descarte en alguna empresa explotadora. La persona misma se hace encajar y se cataloga en el mercado laboral. El libre mercado opera de esta manera, cada empresa pone condiciones arbitrarias y lxs trabajadorxs tenemos que aceptarlo o dejarlo. Por ello, es indispensable volver a entender a la clase trabajadora cómo *desposeídas*, aunque hoy sea mucho más difícil unificar a esta clase social, también es cierto que el discurso de la meritocracia no tiene cabida en el sector progresista que ve a través de su máscara, pero lo termina aceptando.

El mayor problema de estos dos pilares del Estado democrático liberal es que sus consecuencias se arrastran generación tras generación, década tras década, sólo agravando más el problema y generando más desigualdad, en resumen “lxs rícks cada vez más rícks y lxs pobres cada vez más pobres”. Tanto en la meritocracia como en el libre mercado, al que le va bien lo pasa a sus hijxs y el que está mal hace lo mismo con lxs suyos, por tanto, es un juego de ajedrez en el cual siempre habrá gente empezando la partida con una sola pieza teniendo que competir contra personas que tienen todas las 16 y a eso le llamamos igualdad. Lo emocionante de los juegos de mesa es que al final de la partida todas las fichas van a la caja y luego se vuelve a comenzar de cero.

El tercer pilar que nos toca derribar es el más fuerte y el menos cuestionado universalmente, se trata de la democracia. Es muy común escuchar críticas a la meritocracia por parte del sector progresista y críticas al libre mercado desde el socialismo, pero pocos se atreven a cuestionar abiertamente “La Democracia”, concepto que reúne, pareciera, lo mejor que se ha logrado en las sociedades occidentales hasta ahora.

No es difícil, sin embargo, encontrar serias inconsistencias en la propuesta democrática ya que se rige, cómo demostraré, con los mismos principios que la meritocracia y el libre mercado. La democracia moderna, que establece una elección del poder ejecutivo supremo cada 4-5 años, permitiendo u obligando a todas las personas adultas a votar, tiene cómo premisa que lxs adultxs sabemos lo que queremos y que vamos a elegir lo que nos resulta mejor, que de esta forma podemos autodeterminarnos y ser representados por las personas más dignas de ello. Todos estos supuestos son falsos. En una situación de monopolio, u oligopolio, de los medios de comunicación masiva, barreras mediáticas tremendas y adoctrinamiento cultural absoluto, es imposible hablar de una libre elección.

Elegimos de lo que nos ofrecen los medios, altamente condicionados por lo hegemónico y el lavado de cabeza al que somos sometidos durante más de una década de escolarización obligatoria. Se supone, por otra parte, que cualquier persona, puede hacer un partido y presentarse a elecciones, pero esto es falso por las mismas razones que el libre mercado: los partidos ya constituidos tienen patrocinio de gente muy poderosa y se pueden publicitar mucho más, pueden llegar mucho más lejos con su propaganda de lo que nosotrxs alguna vez podríamos. Ni siquiera es una cuestión de dinero: los medios de comunicación son manipulados por estos poderes, o incluso son de su propiedad, por lo cual pueden cancelar nuestras propuestas de maneras muy efectivas. Por último, la democracia sirve para justificar y perpetuar las desigualdades existentes: si nos va mal es porque votamos mal.

Exactamente la misma lógica que hay detrás del “son pobres porque quieren”, ahora le sumamos: “tienen malos dirigentes porque son ignorantes y votan mal”. Si cavamos un poco más en esta lógica de culpar al individuo de los fracasos colectivos vamos a encontrar un millón de ejemplos, tanto en temas ambientales cómo económicos y sociales. Es típico del modelo liberal hacerlo y es típico de la izquierda en general dirigir las críticas a los lugares de toma de decisión y no hacía el individuo que, entendemos, está demasiado condicionado y no tiene plena capacidad para elegir libremente estando inserto en una cultura que lo somete y lo adoctrina.

Podemos dividir la meritocracia actual en tres partes: económica, política y social. Opera en los tres campos de la misma forma, proponiendo reglas de juego supuestamente iguales para todxs, que benefician a algunxs y someten a otrxs, justificando esa desigualdad con que la oportunidad de ser exitosos les fue dada a todxs.

Generalmente, cuando se trata de culpar al individuo de los males de la democracia se elige un sector determinado de la población, casi siempre lxs pobres, abonando así la idea elitista de que la democracia funcionaría bien si la gente pobre sin educación no votara. El combo es completo: son pobres porque quieren y encima estamos mal por su

culpa porque hacen malgastar el dinero fiscal a lxs políticos populistas que ellxs mismxs votan. Por poco una conspiración.

En este escenario ficticio, creado por los medios de comunicación masiva, lxs explotadx del sistema no son lxs de más abajo, sino el sector medio que “trabaja para mantener vagos”. Todo este horror cuasi darwinista es la continuación lógica del pensamiento liberal y meritocrático. Igualmente, la idea de que el “trabajo” da “valor” a la persona se comparte tanto en el modelo comunista cómo en el capitalista, no es nada fácil escapar de estos pensamientos cuando todo gira en torno al trabajo, incluso la pertenencia a una clase social. De lxs pocos que se han opuesto a la idea del trabajo cómo dignificador han sido históricamente lxs anarquistas, por ejemplo, Severino di Giovanni decía:

“Más trabajamos, menos tiempo nos queda para dedicarlo a actividades intelectuales o ideales; menos podemos gustar la vida, sus bellezas, las satisfacciones que nos puede ofrecer; menos disfrutamos de las alegrías, los placeres, el amor. No se puede pedir a un cuerpo cansado y consumido que se dedique al estudio, que sienta el encanto del arte: poesía, música, pintura, ni menos que tenga ojos para admirar las infinitas bellezas de la naturaleza. Un cuerpo exhausto, extenuado por el trabajo, agotado por el hambre y la tisis no apetece más que dormir y morir. Es una torpe ironía, una befa sangrienta, el afirmar que un hombre, después de ocho o más horas de un trabajo manual, tenga todavía en sí fuerzas para divertirse, para gozar en una forma elevada, espiritual. Sólo posee, después de la abrumadora tarea, la pasividad de embrutecerse, porque para esto no necesita más que dejarse caer, arrastrar. A pesar de sus hipócritas cantores, el trabajo, en la presente sociedad, no es sino una condena y una abyección. Es una usura, un sacrificio, un suicidio.”

Capítulo 2

La transformación del Estado

Hay un pasaje necesario de un Estado paternalista hacía un estado, llamémoslo, democrático. De la misma manera, cómo lo describe Michel Foucault en “Vigilar y castigar”, el suplicio público es sustituido por el calabozo y luego por la cárcel moderna de la reformación del individuo, es importante entender que el Estado realiza esta transición para evitar el exceso de confrontación y conflicto que suponen las burdas manifestaciones del poder autoritario.

En definitiva, no existe una diferencia esencial entre el Estado paternalista y el Estado democrático: ambos son títeres del poder oprimiendo al individuo, en el primer caso este poder está concentrado en el mismo aparato estatal y un pequeño grupo de elites, en el otro se encuentra más disperso entre diferentes grupos económicos apoyándose en el Estado, aunque la tendencia es hacía la acumulación y concentración – propias de todos los sistemas económicos piramidales. Cabe destacar que en el caso democrático hay más derechos universales, que no siempre se respetan y hay, se supone, una mayor distribución de las riquezas o sea menor desigualdad. El Estado democrático es aquél

que se dio cuenta de que otorgando algunos derechos y garantías a lxs ciudadanos podía minimizar los conflictos y llegar a un acuerdo más duradero con ellxs.

En cuanto a su relación con la sociedad podemos decir que, si el Estado paternalista trata a la sociedad cómo a sus hijxs pequeños, el Estado democrático lxs trata como si fueran sus hijxs adolescentes. Me pregunto si esta tendencia va a continuar. Sería posible que, ante un aumento gigante de conciencia general, se le comenzaran a plantear preguntas muy serias al modelo, pero en ese caso es más probable que el “padre” volvería a mostrar su cara represiva y brutal y, retrocediendo así a un Estado paternalista, haría que la multitud centre sus demandas en volver una vez más al Estado democrático y el ciclo comenzaría de nuevo. Es que el fantasma del estado represor siempre tiene que estar presente en la democracia, de lo contrario la gente perdería el miedo y sus reclamos no tendrían techo, hay un balance necesario, el Leviatán se pone la máscara, pero en el fondo todxs saben quién es, y así tiene que ser.

Sería muy difícil esperar que de pronto toda la población se rebele contra un Estado democrático, siempre hay un sector conservador que va a salir a defender el orden y con ello se garantiza el monopolio de la fuerza y la violencia. Por algo los órganos represivos del Estado están sujetos a reglas tan rígidas y tanto lavado de cerebro, por algo terminan seleccionando personas que son capaces de actos brutales, que no cuestionan las órdenes. Siempre lxs hay y va para ellxs mi profundo desprecio. Tal vez si más personas compartieran ese sentimiento y la claridad de ver al represor en todo uniformado, por más que no esté en ese instante reprimiendo, tendríamos una chance.

A propósito del tema de la autoridad quiero introducir una cita de Jiddu Krishnamurti, de su libro “Arte de vivir”:

“...nosotros creamos la autoridad, la autoridad del estado, de la policía, la autoridad del ideal, la autoridad de la tradición. Quiero hacer algo, pero mi padre dice: "No lo hagas". Tengo que obedecerle, de lo contrario se enojará y dependo de él para alimentarme. Él me controla mediante el temor, ¿no es así? Por lo tanto, se convierte en mi autoridad.

De igual modo, estamos controlados por la tradición: "debes hacer eso y no aquello, debes vestir tu sari de cierta manera, no debes mirar a los muchachos, o a las chicas..." La tradición les dice lo que deben hacer; y la tradición, después de todo, es conocimiento, ¿verdad? Están los libros que les dicen lo que hay que hacer, sus padres les dicen lo que hay que hacer, la sociedad y la religión les dicen lo que hay que hacer. ¿Y a ustedes qué les ocurre? Quedan aplastados, abatidos. Jamás piensan, jamás actúan y viven vitalmente, porque todas estas cosas les atemorizan. Dicen que tienen que obedecer, de otro modo estarán indefensos.

¿Qué significa esto? Significa que han creado la autoridad, a causa de que están buscando un modo seguro de conducirse, una manera segura de vivir. La persecución misma de la seguridad crea autoridad, y así es como nos volvemos meros esclavos, dientes en las ruedas de una maquinaria, viviendo sin ninguna capacidad para pensar, para crear.”.

De esta manera, y sin intención de que nos vayamos para un lado muy filosófico o espiritual, quiero plantear que, si no hay un cambio verdadero en este sentido de independizar nuestras mentes de la autoridad sería muy difícil superar al sistema ya establecido en base a la obediencia. La autoridad, como tal, siempre existirá, incluso en

las comunidades más libres que se conocen o que podamos imaginar, existe una cultura y un conjunto de tradiciones, existe una moral. Todas estas cosas son indispensables y son lo que nos hace humanos, si no hay un Estado y no hay un gobierno, supongamos que hay decisiones tomadas por medio de asambleas, por unanimidad o cómo sea, porque no se puede vivir en comunidad sin tomar decisiones colectivas, estas decisiones tendrán una validez y esa validez es, en sí, una muestra de autoridad.

Cómo siempre, llevar cualquier propuesta al límite absoluto termina quitándole el sentido: “contra toda autoridad” es una consigna hermosa y correcta en el contexto actual, dónde las autoridades son revestidas de un poder institucional que es parte de un Estado. Lo que criticamos es el grado, la magnificación de ese poder, de esa autoridad, su forma arbitraria, su servicio a unxs pocxs por medio de la explotación. La anarquía es una fuerza de la entropía, siempre buscando destruir la concentración del poder y así repartirlo entre todxs. Cuando permitimos que la autoridad avance copando más y más terreno, aprovechándose de nuestros temores, de nuestra necesidad de seguridad, de nuestra pasividad, esa autoridad inevitablemente se va haciendo cada vez mayor, acumula cada vez más poder, más riquezas, es imposible que ese poder no corrompa. Es necesario y sano, entonces, un ejercicio constante de la entropía, cada tanto hay que volver a empezar, restartear todas las cuentas, reescribir todos los libretos, volver a pensar todas las reglas de nuevo.

La Iglesia ha resistido, a pesar de Copérnico, de Darwin, de Nietzsche y de tantos otros y otras, la gente sigue creyéndole. El capitalismo resiste a pesar de Marx, de la URSS, de Irak, de Vietnam y de la gran depresión. Resiste a pesar de todo, a pesar de las demostraciones más contundentes de que es un modelo que nos lleva al colapso ambiental, a pesar de la desigualdad y de las guerras. De la misma forma la escuela también resiste, por más que su sistema sigue prácticamente inalterado desde su creación y lxs eruditxs reformistas se siguen rompiendo la cabeza para entender por qué o para qué. La respuesta es sencilla: todas estas instituciones resisten porque sirven al poder, no importa que muchos creamos que no sirven a la humanidad, no es su propósito. Mientras todos nos preguntamos “¿para qué sirven las guerras?”, los Estados llevan adelante docenas de ellas simplemente porque los asuntos de lxs “padres” no son competencia de lxs “hijxs”. El Estado hace cosas, supuestamente por el bien común, y está sobreentendido que “el ciudadano” promedio no tiene por qué interesarse, así como lxs hijxs pueden preguntarnos lo que hacemos, pero no toman nunca una decisión por encima de nosotrxs.

Voy a hacer un paréntesis aquí, el Estado democrático es la consecuencia de una lucha social que ha quedado a medias permitiendo que el tirano cambie de apariencia, quitando algunos privilegios, otorgando algunos derechos, pero sigue teniendo la sartén por el mango igual que antes. El Estado democrático tiene bajo la alfombra el cuchillo y el látigo que no dudará en usar, y que usa cada vez que lo necesita, sin embargo, para que vuelva a cambiar su apariencia total una vez más, tiene que haber una verdadera necesidad, su vida tiene que estar en riesgo.

Es muy claro este regreso en las sucesivas dictaduras militares, que cada tanto se guardan para dar lugar a gobiernos democráticos, pero cuando hace falta llevar a cabo algunas medidas poco populares vuelven. Regresan de ese cajón porque el sistema democrático no les permite ajustar tanto, explotar tanto, matar tanto, dependiendo de la sociedad por su puesto. Hay ajustes brutales que se han llevado adelante en plena

democracia y no han sido fuertemente combatidos, entonces la dictadura no aparece porque “no hace falta”. Estas idas y venidas obviamente no son para nada populares y las economías más fuertes lo evitan a toda costa, aunque pueden auspiciarlas en otros países de los que se alimentan.

Capítulo 3

Los 3 errores del marxismo

La izquierda es de los pocos sectores políticos que se anima a criticar el modelo democrático, pero tiene algunas deficiencias importantes que le impiden progresar. El marxismo, a pesar de ser una excelente teoría política que supo entender la explotación del proletariado en el modelo capitalista, es una doctrina reduccionista que se ha quedado en el tiempo y hoy no puede ofrecernos una solución, debido a que el campo de juego ha cambiado muchísimo.

La clase obrera a la que Marx hace referencia, el proletariado del siglo XIX estaba sumamente explotado, sin poder acceder a una vida medianamente digna, los burgueses, por otro lado, eran un grupo concreto y definido que poseía los medios de producción, o sea, las fábricas y otras industrias. Eran dos clases sociales antagónicas separadas por una brecha económica enorme sin una clase media que haga de buffer entre ellas. Hoy, con una mejora en la calidad de vida para los obreros y una promesa de movilidad social, que cada tanto se hace realidad, se puede vivir relativamente bien, dependiendo del país por su puesto, sin ser dueño de los medios de producción. Estas mejoras lograron dividir aún más a la clase trabajadora que ya ha perdido prácticamente toda conciencia de sí misma.

La meritocracia, el libre mercado y la democracia lograron adormecer cualquier intento de revolución social: el que es pobre piensa en salir de la pobreza y ve cómo modelo a otros trabajadores como él, el que tiene un buen pasar, aún que deba trabajar para un patrón y tener que entregarle parte de su trabajo, siendo con ello estafado y explotado como antes, no ve necesidad alguna en rebelarse, a lo sumo se convierte en un progresista moderado.

De esta manera, el primer error del marxismo de hoy es económico: apela a una clase social que ya no se encuentra tan desesperada como en el Siglo XIX. La democracia moderna ha encontrado formas muy eficaces de adormecer a los trabajadores y enmascarar su explotación, no solamente profundizando la idea de posible ascenso social y la meritocracia, sino también permitiendo el acceso de las masas a todo tipo de entretenimiento y tecnología.

Para que se dé una revolución hacen falta dos componentes: la sensación de desesperación, que puede ser causada por el hambre, la falta de oportunidades o una certeza de muerte inminente, y una idea revolucionaria.

Estos componentes son inversamente proporcionales para su efecto: a mayor desesperación no es necesaria una idea revolucionaria muy completa para hacer estallar

al pueblo, es cómo un pajar que se prende fuego por un simple fosforo. Si, por otra parte, nos encontramos ante una población con todas sus necesidades satisfechas, o bien con esperanzas de conseguir un ascenso social, la desesperación es mínima y haría falta una idea revolucionaria de gran fuerza para lograr la movilización. Después de todo somos animales de costumbre que buscamos siempre el placer y evitamos el dolor, la democracia moderna entendió esto perfectamente y nos dio lo mínimo indispensable para evitar la revuelta: la promesa de cambio, una vida con las necesidades básicas satisfechas, o con la esperanza de poder satisfacerlas, y una gran variedad de entretenimiento para evitar el ocio creativo o que pensemos demasiado.

El segundo error del marxismo es político: busca la solución en la vuelta a un Estado paternalista. Si, el ideal de Marx supone la disolución del Estado en su punto final, pero para llegar a eso se recurre primero a la revolución obrera y luego a una dictadura del proletariado, la forma más universalmente conocida por el socialismo de la URSS. Pues bien, esta figura del Estado dictatorial, así sea dirigido por obreros, es una figura paternalista cuyas características son una alta jerarquización, institucionalidad, monopolio estatal de los medios de comunicación, restricciones a la libre expresión, burocratización, figuras de líderes gloriosos que nos llevan hacia un futuro luminoso, etc. Tratar de hacer encajar ese ideal en el modelo democrático es imposible ya que supone una pérdida de derechos y privilegios, a lo que la mayoría no está dispuesta. Al intentar volver a un estado paternalista ignoramos que la sociedad ha avanzado hacia un Estado democrático por una serie de razones y ese avance es muy difícil de deshacer porque el nuevo modelo demostró ser más eficiente y resiliente, mucho más de lo que Marx había presagiado.

El tercer error del marxismo actual es social: apela a una clase obrera altamente heterogénea en su percepción política, encontrándose en ella tanto conservadores como progresistas, tanto revolucionarios como reaccionarios. La sociedad, si la dividimos en estas cuatro fracciones, opera de modos totalmente distintos a lo que podemos imaginar desde la perspectiva de lucha de clases, una explicación dualista y reduccionista que considero debió quedarse en la modernidad y no ser estirada para tratar de explicar con ella todas las cuestiones sociales actuales.

El grueso de la sociedad la compone un segmento medio, alrededor del 95% de la población, aquí encontramos a lxs reformistas moderados o progresistas, a lxs conservadores y a una serie de matices en las que se van intercalando posiciones reformistas con algún que otro ingrediente derechista. Siempre llama la atención cómo segmentos muy pobres y marginados de la sociedad votan políticos que claramente representan a otras clases económicas, esto pasa porque son conservadores. Hay conservadores ricos y hay conservadores pobres y si, lxs pobres votan a lxs ricos, por más que esos ricos lxs desprecien. Lxs marxistas lo llaman alienación o falta de conciencia de clase, pero esta explicación es a todas luces insuficiente: no es que lxs pobres conservadores que votan a lxs ricos conservadores se creen que estos lxs van a hacer ricos a ellos también. No. Hay una afiliación ideológica que es más fuerte que la débil conciencia de clase. No están confundidos, no olvidaron que son pobres, simplemente son conservadores, ¿no es explicación suficiente? Aparte de ese grueso dividido en dos, tenemos a lxs revolucionarixs, un porcentaje muy pequeño de la población, que busca un cambio radical y no se satisface con las reformas y, por otra

parte, encontramos a lxs reaccionarixs: una fracción también marginal que se opone fuertemente a los cambios o avances sociales.

Este sector reaccionario encuentra público entre la mitad conservadora de la sociedad y generalmente propone volver a un status quo anterior, un pasado ideal que todavía no había sido pervertido con las ideas progresistas y revolucionarias. Lxs revolucionarixs, en cambio, encuentran público principalmente entre el sector reformista de la sociedad y prometen llevarlxs a todxs a un futuro mejor. Podríamos resumir esta lucha en una pulseada entre el pasado y el futuro, dónde los extremos tienen una característica en común: buscan movilizar al ciudadanx promedio, tienen, a diferencia del centro, una energía tremenda con la que nos contagian y nos quieren convencer.

Lxs reaccionarixs suelen venderse cómo revolucionarixs y, al ser también muy activos y apasionados cómo lxs últimxs, se lxs puede llegar a confundir. Suelen tener muy buen manejo de los sentimientos del sector conservador y aparecen con críticas fáciles cómo “lxs políticxs cobran mucho y son ladrones”, “les damos demasiado a lxs extranjerxs”, “hay mucha delincuencia porque las leyes son muy blandas”. Estas ideas no tienen, obviamente, nada de revolucionario, sin embargo, pueden empoderar y movilizar a un sector importante de la población. Por un lado, a todos nos gusta “lo nuevo”, la promesa de cambios, la energía, y por ello lo revolucionario nunca dejó de estar de moda – aún que sea en su versión más comercial. La revolución vende.

El centro demócrata, cómo gobierno, termina siendo aburrido para la gente y si les va mal pues aún peor, la necesidad y el deseo de cambio se hacen sentir muchísimo más y en ese momento aparece la derecha reaccionaria que patear el tablero de lxs conservadores y lxs progresistas rancios y viene a contagiar al pueblo con esta idea de que son lxs únicxs diferentes. Con un discurso populista y recalitrante que apela al sector conservador y un poco de seudo revolución para cooptar a lxs jóvenes, el reaccionario se abre camino seguro mientras que la izquierda revolucionaria falla una y otra vez al tratar de radicalizar al sector progresista y falla también en interesar a lxs trabajadores debido a la falta de conciencia de clase.

No tiene sentido apelar a lxs conservadores, por más que sean proletarios, con un discurso revolucionario. Tampoco tiene sentido apelar a lxs reformistas con un discurso que huele a retroceso más que a un avance: no es deseable volver a un Estado paternalista, para cualquier progresista la idea de volver a modelos tanto fascistas cómo socialistas del pasado es una locura, ni hablar de una dictadura militar. Proponer que el Estado vuelva a tener un poder para expropiar propiedad privada, los medios de producción e intervenir en todos los mercados es hoy una propuesta, convengamos, poco atractiva, incluso para lxs progresistas. Estas ideas funcionaron bien con niveles de desesperación muy altos en la sociedad, hoy no hay bases sólidas para una revolución social de este tipo.

Capítulo 4

El centro y la periferia

Antes de avanzar en este sentido debemos discutir, profundamente, por qué el ideal democrático liberal no sirve, más allá de que los tres pilares sobre los que está construido en los países ricos sean más fuertes. ¿Funciona correctamente la meritocracia en los países ricos? Obviamente funciona mejor que en los países más desiguales, esto es, hay mayor acceso a la educación y la salud, más oportunidades y las condiciones de vida digna están más aseguradas, normalmente no en todas partes por igual, esto es, las condiciones en el campo, en las provincias, son peores que en las grandes ciudades.

Esto me recuerda a la Argentina, fíjense, en las provincias de Norte, Centro u Oeste se vive bastante peor y las fuerzas represivas son más brutales que en las grandes ciudades, los gobiernos ni cambian, son cómo feudos y se parecen mucho más al modelo de Estado paternalista mientras que en las grandes ciudades se vive en un Estado democrático moderno, dónde en general las fuerzas represivas son menos feroces. ¿Por qué esto es así? Es muy interesante, porque realmente no creo que la gente de la periferia sea inferior de alguna manera a la gente de las ciudades, el problema es que el poder central se ve obligado a mantener su máscara de bondad frente al grueso de la población, mientras con el resto puede darse el lujo de ser menos benevolente. Toda esta hipocresía del Estado democrático se cristaliza cuando es analizado por fuera de su área de influencia, cuándo se apaga la luz y las cámaras apuntan a otro lado, ¿quién es en realidad? Si analizamos esta situación de centro vs periferia se hace evidente que un Estado moderno de un país de 3er mundo normalmente aplica políticas muy distintas entre las grandes ciudades y el interior, dónde se ubican los recursos naturales a explotar. En la ciudad nos avanza de a poco con leyes opresoras de ajuste y flexibilización laboral, pero en el interior, dónde quiere aplicar un modelo de saqueo brutal tiene que recurrir a las viejas recetas del Estado paternalista. En el contexto de conflictos bélicos, ¿de dónde se sacan más reclutas para mandarlos al frente? Se recurre muchas veces al interior y, cuando no, a las poblaciones más desprotegidas de las urbes. Lo más justo sería juzgar al Estado por sus acciones más periféricas, aunque quiera desentenderse de ellas, sería más justo juzgar la democracia de los países ricos por lo que hacen en los países pobres.

Muchos pensadores han proclamado, de hecho, que este modelo liberal no sería viable sin la desigualdad que le es inherente, que los países ricos no podrían ser ricos sin explotar a los países pobres, es igualmente extrapolable a todos los niveles: si hay ricos y pobres, es que acaso, bajo este modelo, ¿lxs ricxs podrían seguir siéndolo de no haber nadie a quién explotar? Si prestamos atención a cómo esos mismos Estados democráticos se comportan a la hora de llevar adelante guerras y negocios en países pobres nos damos cuenta de que todo es una fachada, que por otro lado si cayera, no sería posible mantener el mismo nivel de consumo y bienestar dentro de esos países ricos.

La propuesta de democratizar al Estado paternalista en todos sus aspectos es entonces irrealizable. Es negar que, en este sistema, para que hay ricos tiene que haber pobres,

para que podamos vivir con este nivel de consumo tiene que haber destrucción ambiental tremenda. Esta falsa dicotomía entre la democracia y la dictadura tiene que ser superada para dar lugar a una sociedad que no se va a regir por las falacias de la meritocracia, el libre mercado y la democracia. Los mecanismos de defensa que tiene el sistema, todos se parecen entre sí, como ya lo desenmascaró Foucault, hay un “progreso” de una forma de accionar a otra, del suplicio y las ejecuciones públicas al calabozo y a la cárcel. Así también pasamos de la dictadura a la democracia, de una forma de gobierno completamente autoritaria a una que esconde su autoritarismo detrás de un sofisticado sistema de engaños. Siempre pasamos de una forma más brutal a una más disimulada, pero manteniendo el poder en las mismas manos. No hay nada revolucionario en estos cambios, no son verdaderas conquistas sociales. Si, el sistema retrocede para su propio bien otorgando derechos, pero el motor no ha cambiado. Los medios de producción siguen en las mismas pocas manos, las riquezas, a grandes rasgos, también. Para que el Estado pase de la fase paternalista a la fase democrática se tienen que dar ciertos procesos que cambien la percepción de ese Estado en la gente. El Estado es cómo el banco, se basa en la confianza que se deposita en él, pero es un castillo de naipes, cómo decía Éttine de la Boétie, el amo no tiene más poder que el que nosotrxs le otorgamos, sin él todo se cae.

Si, la meritocracia funciona mejor en los países ricos, hay más igualdad de base para la población, pero la brecha entre esa predominante clase media y lxs ricxs sigue siendo enorme y el ascenso social probable también es más que relativo: quien nace en una familia de trabajadores es casi seguro que terminará sus días como tal. Hay que preguntarse si realmente el relativo bienestar del 1er mundo puede ser sacado de contexto mundial y si su riqueza es independiente de la pobreza de los países pobres. Aún que todos pudiéramos acceder a ese nivel de consumo, ¿puede el planeta aguantarlo? Esas son otras preguntas que deberíamos hacernos, lo claro es que la meritocracia sigue siendo un mecanismo que funciona para explicar y perpetuar las desigualdades, también en los países ricos.

¿Funciona el libre mercado en los países ricos? Al igual que en el resto del mundo, funciona para darle prioridad a las empresas grandes, siendo además muy interesante que los países ricos a menudo son los que auspician la destrucción y la explotación de los recursos de los países pobres. Gracias a la globalización y al internet ahora empresas de países ricos pueden emplear por monedas a trabajadores de los países pobres para tareas on line y todo eso es aplaudido por los gobiernos porque les sacan reducen el problema de la desocupación.

¿Funciona la democracia en los países ricos? Podemos decir que cada vez menos o de una manera cada vez más perversa. Las elecciones se calculan por medio de algoritmos, se envía determinada cantidad de publicidad en los medios y en la web, se ha vuelto un proceso tan matemático que las propuestas reales son lo que menos importa. Se apunta a los datos, a las estadísticas, y en esas estadísticas ya no hay nada revolucionario o reaccionario, para lograr un mejor resultado se apunta a un centro, un poco más a la derecha o un poco más a la izquierda sin cambiar, obviamente, nada. Lo que se percibe es una sensación de estancamiento político que cansa y desespera, a menudo empujando a la gente al sector reaccionario.

Es importante señalar aquí, que la democracia moderna no es tan inofensiva cómo puede parecer en contraposición a su predecesor, el Estado paternalista. A la primera

señal de peligro el Estado vuelve a mostrar los dientes y su carácter represivo, incluso lleva adelante un trabajo enorme anticipándose a cualquier revuelta o potencial peligro. Así cómo señalaba Foulcaut refiriéndose a la vigilancia constante con la excusa de la seguridad, hemos permitido que el Estado nos vigile permanentemente, en todo lo que hacemos, adónde vamos, que comemos, cuanto dormimos, adónde viajamos, con quienes nos relacionamos y, por ende, lo que pensamos. Con la lógica de “el que no anda en nada raro no tiene nada que temer”, se ha avanzado muchísimo en materia de vigilancia.

Obviamente, las personas que componen el sector medio de la sociedad, tanto progresistas cómo conservadores, no encuentran ningún peligro en esto de ser vigilados ya que, creen, nunca harán nada que atraiga la atención de los órganos represivos del Estado que aclaro siguen intactos y funcionales, listos para defender los intereses del poder. Lxs reaccionarios, por otro lado, incluso bien podrían estar contentos con esta vigilancia ya que apunta, en primer lugar, a combatir cualquier intento de revolución y si se llegara a volver a un modelo de Estado paternalista se haría muy fácil la tarea de la represión y la persecución ideológica. Esta ilusión cada tanto se derrumba, cómo por ejemplo en Rusia actual, dónde sólo hace un par de años la gente no veía tal vez ningún peligro en que el estado lxs vigile. Hoy, cuando a unx le pueden dar muchísimos años de prisión por sólo un posteo o por estar suscripto a un canal de telegram contra la guerra, se hace evidente que había y hay mucho que temer. Cómo corderos entregamos las llaves de todo al amo, esperando que será benevolente con nosotrxs por nuestra obediencia, pero cuando reclama nuestras vidas ya es tarde para escapar de él.

Hay un ciclo, me parece, en estas vueltas de un régimen más duro a otro más blando. Se hace evidente en el relativamente reciente traspaso de un sistema capitalista de Estado de bienestar a un estado liberal salvaje. El Estado de bienestar nace cómo respuesta al comunismo, lxs genixs de arriba se dieron cuenta de que si lxs obrerxs eran muy explotados se generaban las bases para una revolución y el ejemplo de Rusia no era para nada alentador. Aparece entonces esta idea de reducir la desigualdad un poco y darle más poder adquisitivo a la clase trabajadora. Funcionó de maravillas, pero cuando pasó el peligro de la revolución social, el Estado, influenciado por sus amigos y dueños – las grandes empresas, empezó a ajustar las clavijas otra vez.

En la Argentina, por ejemplo, para ese ajuste hicieron falta varias dictaduras militares, en otros países a lo mejor se ajustó menos, o más despacio, y no hizo falta una medida tan antipopular. El problema, en definitiva, no es el ajuste económico, sino que vemos cómo detrás de las decisiones que toma el Estado democrático, por encima del pueblo, siempre está el garante: el Estado paternalista represor. Esto se ve muy claramente cuando el Estado entra en guerra: se suprimen todas las promesas anteriores y se empieza a operar a la antigua, militarizando todas las relaciones sociales.

No estoy diciendo nada nuevo con esto, sin embargo, no comprendo cómo se sigue confiando en el Estado democrático sabiendo que todo lo que consigamos se hará polvo al momento que decida que se ha ido demasiado lejos y se le antoje volver a esclavizarnos un poco más. Sus garantías valen nada. Su constitución vale nada. Todas estas promesas sólo sirven para cuando el amo está de buen humor, yo les pregunto a ustedes: Cuándo los recursos empiecen a escasear, ¿qué creen que hará el Estado con sus garantías? ¿A quién va a beneficiar? ¿A quién reprimirá y abandonará a su suerte? ¿Creen, acaso, que hará un referendo popular para ver quién se salva y quién muere?

Las cosas avanzan rápidamente a un colapso ambiental y no tenemos mucho poder, en este sistema, para detenerlo. Las grandes empresas explotadoras de recursos, amigas de los Estados, son quienes deciden el futuro de este planeta.

¿Qué se puede discutir con personas que encuentran normal el hecho de que cualquier búsqueda que hacemos en Google esté monitoreada por el FBI?

Nuestros celulares nos espían día y noche, mandan información a la web de todos nuestros movimientos, son sensibles a ser accedidos por el Estado para funcionar como micrófonos, cámaras ocultas...en fin, todo esto es normalizado hoy día, vivimos en un estado de completo monitoreo y esto no tiene fronteras, pasa tanto en el 1er mundo cómo en el 3ro. Creemos que el Estado democrático es tan benevolente que jamás utilizará estos medios y datos para perjudicar al pueblo, ese amo al que hemos otorgado la capacidad para hacer el bien y el mal del que habla Éttine de la Boétie, ese amo no ha olvidado su habilidad de reprimirnos si hace falta.

El sector moderadamente reformista de la población, ni hablar de lxs conservadores, ha perdido el sentido del peligro, ha olvidado que ese amo le ha estado reprimiendo durante toda su existencia y lo sigue haciendo, están anestesiados, dormidos. Hay una fe ciega en que el Estado democrático nos va a dirigir a un futuro mejor, que va a responder a nuestras necesidades, que va a buscar solución a todas las cosas y que lo único que se necesita es nuestra obediencia a esa autoridad. Es el mismo germen del Estado paternalista que se expresa, algo ancestral, instintivo, se despierta en nosotrxs y nos hace abandonar nuestra voluntad e independencia para someternos a la instrumentalización, el ser dirigidos, ser ordenados, ser parte de ese mecanismo.

La raíz del problema del Estado no radica en que esté al servicio de la desigualdad, cosa obviamente grave e inhumana, sino en que siempre va a ser un organismo al que le delegamos nuestro poder y con ello nos instrumentalizamos, nos volvemos apáticos con nuestro propio destino como humanidad. Siempre me pasa, seguramente a ustedes también, que cuando me llevan a un lugar nuevo simplemente me dejo guiar por esa persona y luego no recuerdo el camino. Si me enseñan a hacer algo, pues le sigo la corriente mientras que lo hace, pero el verdadero aprendizaje viene cuando tengo que hacerlo yo mismo. Algo así es lo que veo que pasa con todxs nosotrxs. No podemos ni debemos entregar en bandeja nuestro destino como sociedad a otras pocas personas, ya vimos que el Estado siempre responde a intereses poderosos y no nos permitirá interponernos en su camino a menos que lo obliguemos a hacerlo.

Cometemos un error lógico en nuestro pensamiento, el mismo que cometía Marx: si en nuestra doctrina o filosofía, que podemos reducir a una ecuación, se encuentran ausentes las cosas que esperamos encontrar al final, si el resultado no es una consecuencia lógica de las partes, entonces estamos prometiendo algo que probablemente no podremos cumplir. Si se propone una sociedad injusta, dónde se explota y se destruye, pero se tiene cómo horizonte un mundo perfecto estamos ante un engaño. Así Marx pretendía el comunismo, un mundo sin clases sociales, sin explotación y sin Estado, pero para llegar a él había que someter a la población por medio de una dictadura obrera: nunca iba a funcionar. De la misma forma pretendemos que el capitalismo en un futuro va a solucionar los problemas sociales y ambientales que el mismo sistema está causando: es un absurdo y un error lógico.

Capítulo 5

El mito de la no violencia

Es muy difícil hablar de desafiar al tirano y su monopolio de la violencia sin tocar el tema de la violencia en sí. Como ya ha señalado Peter Genderloos en entrevistas y en su gran libro “Cómo la no violencia protege al Estado”, la violencia es vista hoy como un todo y por cierto un todo negativo. Se permite que el Estado utilice la violencia, aunque se la condene, pero es el único que puede utilizarla legítimamente, exactamente como un padre que les pega a sus hijos, se lo condena, pero nadie le discute ni le desafía su fuerza. Todo uso de violencia por fuera de ese monopolio es visto como terrorismo o vandalismo.

Se supone, bajo la doctrina de la lucha no violenta, que todos los avances de la sociedad se han logrado con formas no violentas de resistencia y que “lo que se consigue con la violencia luego sólo puede mantenerse con la violencia”, como decía Gandhi. También decía muchas otras cosas lindas, sin embargo, sería importante que nos fijáramos alrededor de qué clase de persona elegimos construir un mito, en el caso de Gandhi ese mito tiene patas muy cortas, si mis queridxs lectorxs se ponen a buscar verdades sobre este personaje histórico en la web, encontrarán muchas cosas acalladas por la historia fabricada.

Mi problema igualmente no es tanto con el ídolo de la no violencia, sino con la doctrina que ha dejado como legado: es cierto que la lucha pacífica, las protestas y las marchas sirven, sirven exactamente para conseguir algunos beneficios del Estado y hacerlo retroceder otorgando algunos derechos. El resto seguirá igual. No es otra cosa que una propuesta que busca acelerar el pasaje entre un Estado paternalista a un Estado democrático. Una vez conseguido esto todxs pueden dormir tranquilxs, mientras las bases de la explotación y las desigualdades persisten. Es una forma de protesta que busca persuadir al Estado, no desafiarlo directamente y, por tanto, el Estado se reagrupa para seguir operando. Tampoco es cierto que se hayan conseguido grandes cambios de manera pacífica sin que detrás se dieran situaciones de violencia directa o potencial. Es sencillo: si sacamos 10 millones de personas a las calles, por más pacíficas que digan ser, es un riesgo gigante de levantamiento popular, están siempre a un paso de la revolución porque 10 millones en las calles significa que la desesperación de la sociedad ha llegado a su límite y sólo hace falta una chispa para que se vaya todo al diablo. Entonces no, no es “violencia”, pero es una amenaza muy seria y el Estado no es tonto.

Es curioso cómo este modelo de sociedad infantilizada pretende que nos subordinemos al padre, el Estado, otorgándole herramientas diferentes a las que nos permitimos a nosotrxs mismxs. El Estado es el único que tiene la potestad de espiarnos, juzgarnos, reprimirnos, educarnos, todo gira en torno a su poder incuestionable. Siempre en su justa medida, si se pasa de la raya se critica esa trasgresión, como la brutalidad policial o la corrupción política, pero siempre el sistema va a ser tan injusto como nosotrxs le permitamos serlo, siempre nos va a querer ganar terreno y va a ir avanzando y

retrocediendo, generando una ilusión de victoria cada vez que retroceda y una sensación de una opresión mayor cuando avanza.

Le otorgamos el monopolio de la violencia, pero decimos que “lo que se consigue con la violencia sólo se puede mantener con violencia”, perfecto, ¿entonces vamos a respetar esta regla, pero vamos a permitir que el Estado nunca la respete? Si, el Estado ha conseguido el poder por medio de la fuerza y si, lo va a mantener por la fuerza. Al no utilizar la violencia para combatirlo puede que seamos moralmente superiores, pero a la realidad de los hechos eso no cambia absolutamente nada. “Ojo por ojo y todo el mundo acabará ciego” también totalmente cierto, sin embargo, al tratar de detener esta violencia y no permitir que siga escalando le entregamos las riendas de nuestro destino a unos psicópatas.

La violencia, según sostiene esta doctrina, es siempre la misma cosa, igual de condenable, sea cuando la ejerce el atacante, el defensor o la víctima. Al plantarle cara al agresor y utilizar la violencia nos acabamos convirtiendo en eso mismo que queremos combatir. Sería algo así como “poner la otra mejilla”. Pues llevamos siglos poniendo la otra mejilla al poder ¿y saben qué? El poder es cada vez más fuerte.

No hay cosa más paternalista que la religión cristiana y por ello se combina tan bien con el Estado. En estas ideas de la no violencia se encuentra, creo, la cúlmene del pensamiento del esclavo: es tan esclavo que ha creado un dogma alrededor de una supuesta superioridad moral del esclavo. No estoy, sin embargo, planteando que las formas de lucha no violenta son todas iguales, ni que son pasivas. Son muy importantes y necesarias, pero tienen un tope de alcance que ellas mismas se ponen: un techo marcado por su carácter reformista.

Siempre que suceden protestas pacíficas masivas, cómo marchas con carteles o incluso paros, y aparecen los disturbios y el vandalismo, se suele tildar a lxs que llevan adelante estas acciones de infiltradxs, de alborotadores, en el mejor de los casos se los considera personas que no entienden lo que hacen porque actúan por el impulso de la bronca y dan razones para criminalizar la protesta. Y la criminalización de la protesta funciona muy bien, justamente, porque hay muchas personas creyendo que la única forma legítima es protestar pacíficamente. Más, si hace falta, con la ayuda de los grandes medios de comunicación se puede criminalizar cualquier cosa.

Supongamos que hay una situación de brutalidad policíaca de tinte racial, dónde jóvenes de un barrio bajo son todo el tiempo detenidos, hostigados y hasta torturados por la policía. Nace una protesta de vecinxs. Juntan firmas. Van hasta la comisaría. Se plantan allí con carteles y no hacen nada, ¿cuál será la consecuencia de esa acción?

Probablemente nula. Han expresado su descontento, si, a lo mejor, si son muchísimos esto llamará la atención del comisario y preguntará a los oficiales si saben algo de eso que dicen los vecinxs. Esta acción, si no tiene ningún riesgo para la comisaría no pasará a mayores, no va a cambiar, probablemente nada. Hay un supuesto de que si la lucha pacífica de unas cuantas personas no tiene éxito es porque en realidad ellxs no manifiestan el deseo de la mayoría de la sociedad, entonces está bien que no pase nada, pero se ignora en este caso que la gran mayoría ni se entera de lo que sucede y si lo hacen no les toca de cerca por lo cual no están en posición de opinar realmente, ni les interesa hacerlo. La democracia usa a esa “mayoría silenciosa” cómo un peso muerto que se usa para ignorar lxs reclamos de supuestas minorías, que en realidad muchas

veces son una mayoría local, o una mayoría local reformista. Supongamos que, en este mismo ejemplo de brutalidad policial, en el barrio viven 2000 personas, de ellas sólo salieron a manifestarse 100, entonces ¿se puede decir que es una minoría?

Imaginemos otro escenario: lxs vecinxs van hasta la comisaría, empiezan a quemar gomas, cortan la calle, putean a todo policía que ven allí, tratan de ingresar a la comisaría, le tiran piedras, tiran una molotov, golpean a dos oficiales y destruyen vehículos. Hay 50 detenidos. Llegan los medios, todo es un caos. Lxs reprimen, la gente se repliega. ¿Qué consecuencias creen que va a tener esta acción?

Si, no se puede hoy, o no se pudo en ese caso, desafiar al monopolio de la fuerza del Estado, pero es claro que el camino del disturbio es mucho más rápido y contundente para conseguir algunos resultados. La violencia que ejerce la pueblada contra la comisaría es en *defensa propia* y está absolutamente legitimada, es más, la gente de los barrios bajos lo entiende mucho mejor que la clase media aburguesada.

Hay otro tipo de uso de violencia, no en el marco de protestas masivas, que se caracteriza más cómo acto terrorista. Son ataques a objetivos relacionados con la opresión sistemática a la que nos someten. El asesinato del jefe de policía Ramón Falcón por parte del anarquista Simón Radowitzky es un ejemplo cercano, pero veamos qué decía Severino Di Giovanni al respecto:

“Tú haces un trabajo que te gusta, que tienes una ocupación independiente y a quien el yugo del patrón no molesta mayormente; tú también que te sometes resignado o cobarde en tu calidad de explotado: ¿cómo te atreves a condenar así, tan severamente, a aquellos que ha pasado al plano de ataque en contra del enemigo? Una sola cosa te queremos decir: "¡Silencio!", por honestidad, por dignidad, por fiereza. -¿No sientes el sufrimiento de ellos? ¡Cállate!- ¿No tienes la audacia de ellos? Entonces, otra vez ¡cállate! Cállate, porque tú no sabes las torturas de un trabajo y de una explotación que se odian.”

Los actos individuales que llevan la violencia al enemigo son también actos de defensa propia, considero, son algo similar a una revolución, pero llevada al plano personal y cargados de una gran desesperación y frustración. Son, de por sí, actos desesperados porque un solo individuo o un grupo rara vez tengan la esperanza de cambiar las cosas con su acción o de salir ilesos de lo que están haciendo. Saben que la maquinaria del poder lxs va a alcanzar. Saben también que la mayoría les condenará por desafiar a lxs tiranxs. Ni en la época de Severino, ni menos ahora, creo que sea un camino que logre cambiar las cosas, para la mayoría serán sólo actos terroristas de unxs locxs y los medios de comunicación harán lo imposible por tergiversar todo, sin embargo sería importante, que quienes se consideran revolucionarios o que luchan por un mundo mejor, que saben que están oprimidos por este sistema, por esta maquinaria del poder, o al menos entiendan que hay gente en una situación peor que la de ellxs, al menos sigan el consejo de este gran luchador y tengan la nobleza de callarse.

No se puede hablar de la violencia cómo un todo, no se puede juzgar con la misma vara al que la ejerce desde el Estado, sistemáticamente, cínicamente, por cientos de años y a aquél que la ejerce desde un acto puntual en busca de justicia, o una comunidad que se defiende con las pocas armas que tienen para resistir a un Estado opresor. Obviamente lxs reformistas tibios no quieren ninguna revuelta, no es difícil que compren un discurso conformista de la tele si ellxs mismxs no sienten en la piel el yugo de los sectores más oprimidos. Lxs llamo, sin embargo, a cuestionar sus privilegios, a no juzgar a quién

lleva la lucha a un plano que ellxs hoy no entienden porque no sienten empatía por lxs demás. Ser anarquista es sentir esa opresión y luchar contra ella. Es un sentimiento de amor y altruismo por la dignidad humana contra toda opresión. Si, ese amor se puede expresar en rabia y odio, y no es fácil explicarle a un conservador cómo es que revolver un molotov es un acto de amor, pues allá ellxs. Lxs revolucionarixs somos hombres y mujeres apasionadxs a lxs que no les van las medias tintas, incomprendidxs para muchxs, ejemplo para otrxs, siempre estamos allí, dónde un espíritu libre quiera encontrarnos.

Lxs comunistas se dieron cuenta hace tiempo de que las protestas solas no iban a servir, en el Manifiesto encontramos una guía muy clara de acción que incluye formas no violentas de protesta cómo paros, huelgas, bloqueos, boicots y manifestaciones, pero estos no son un fin en sí mismo, ni se tiene la falsa esperanza de que cambien el orden de las cosas, por más que logren arrancarle alguna que otra victoria a lxs burguesxs y hacerles perder terreno en la distribución de riquezas. El comunismo no se hace ilusiones, por ello fue un verdadero movimiento revolucionario y dio los frutos que todxs conocemos, sus errores ya fueron largamente discutidos y no quiero volver a esas críticas trilladas, sólo manifestar que la acción no violenta de la clase obrera tenía como objetivo primario la unión de lxs trabajadorxs para la posterior revolución armada.

Fue, de hecho, una forma muy astuta de oposición: utilizaron los medios que el sistema mismo les dio, se fue avanzando por el camino legal, siempre al borde, y cada tanto tanteando la posibilidad de tomar alguna fábrica, hasta que el terreno estuvo preparado y lo legal ya dejó de importar, el monopolio de la fuerza ya dejó de existir porque el movimiento obrero había crecido tanto que era imparable.

El gran engaño del comunismo fue qué, al derrocar al Estado, tras incluso matar al Padre - Zar, se volvió una vez más al paternalismo. ¡Qué desgracia y que injusticia tan grande haber recorrido todo ese camino y haber derramado tanta sangre para nada! Peor aún, el modelo socialista buscó antagonismo en el modelo democrático de occidente, causando ambos muchísimos conflictos armados que sólo responden a una lógica del poder y dominación por parte de unas pocas personas.

Todas las guerras entre Estados son guerras por el poder personal y por la ambición de unos pocos, en definitiva, la Guerra fría nos vendió un antagonismo falso, ambos sistemas de gobierno eran y son modelos de opresión de Estados paternalistas. Algunos son más evidentes que otros, cómo Alemania nazi, un ejemplo espantoso de esa instrumentalización del individuo y sometimiento voluntario, producto de una sublevación de sectores reaccionarios. No estamos lejos de repetir esa historia de todos modos por lo que creo es pertinente volver a mencionarla.

Lxs reaccionarixs llegan al poder convenciendo al sector conservador de que hay un pasado glorioso que hay que restaurar, que ese pasado fue y es pisoteado por lxs reformistas y lxs revolucionarixs. No es muy diferente a lo que sostenía Nietzsche cuando decía que la cultura europea fue contaminada con el pensamiento de lxs filósofxs griegos y posteriormente el hombre enfermaba de nihilismo, creando una imagen del nihilismo que poco tenía que ver con el movimiento revolucionario nacido en Rusia allí por el siglo XIX. Así cómo al criticar el comunismo, Hitler rara vez hará una reflexión sobre la situación de lxs campesinxs rusos durante el zarismo, Nietzsche

no lo hizo al criticar el nihilismo, y eso que la cuasi esclavitud en la que vivían lxs campesinxs rusos fueron el motor y el combustible de la revolución.

Occidente no pudo digerir el nihilismo ruso, pero su fuerza fue tal, que se popularizó incluso a partir de Nietzsche, que lo tergiversa desde su postura reaccionaria. Lo mismo podría decirse de Dostoyevsky, que popularizó una imagen del “nihilista” Raskolnikov en su novela “Crimen y castigo”. Recomiendo la lectura del texto “Los emisarios de la nada” de La Rosa Negra ediciones para contrastar el nihilismo histórico y real con las obras literarias o filosóficas, cómo deseen llamarlas, de Nietzsche y Dostoyevsky. Al marxismo no lograron cancelarlo, aunque lo intentaron durante mucho tiempo y lo siguen haciendo en el ámbito económico, entonces tuvieron que combatirlo y perseguirlo. Al anarquismo también lo persiguieron y lo criminalizaron siempre, pero en buena medida lograron cancelarlo tanto lxs capitalistas liberales cómo lxs mismxs comunistas.

El sector reaccionario construye enemigos a medida de entre las filas revolucionarias posicionándose firmemente en los valores conservadores ya sean los existentes o nuevos que respondan a la misma lógica, cómo lo hizo el nazismo. Oponiéndose a la idea del progreso y ampliación de derechos, el reaccionario siempre busca ese “eterno retorno” y niega la necesidad de un avance respecto a ese pasado idealizado. La acción genera reacción, cada vez que vemos un fuerte movimiento progresista o revolucionario aparecen lxs reaccionarios de turno, siempre con viejas ideas de orden y seguridad porque un cambio siempre genera desorden e inseguridad en quienes lo único que saben hacer es obedecer.

Epílogo

Estoy convencido de que la falta de avances, y los retrocesos, en materia de derechos hoy se debe a que tanto el sector progresista como lxs revolucionarixs están perdiendo el tiempo. Tenemos, por un lado, un sector super activo y movilizador, consciente y trasgresor que está anclado en el pensamiento marxista que, como ya he explicado, no sólo es impopular sino retrógrado. No se lxs puede culpar, por su puesto, ya que el marxismo ha sido un movimiento verdaderamente revolucionario con bases muy sólidas para su momento histórico, pero debemos dar respuesta a la realidad de hoy, y estoy seguro de que no es posible a través de los postulados de Marx.

Tenemos, como decía, a un sector progresista que pierde el tiempo, al igual que lxs revolucionarixs marxistas, en practicar la política partidaria. En definitiva, el sistema lxs ha conducido a canalizar todas sus ambiciones políticas en el marco del sistema democrático que, como vimos, es engañoso de principio a fin y sólo nos hace cambiar un amo por otro.

¡Ya dejen de engañarse a ustedes mismxs!

Detrás de esa ilusión de lucha constante entre izquierda y derecha partidaria hay una dirección inminente, no importa lo que se vote dentro del capitalismo, todo nos conduce a una explotación cada vez mayor de recursos y el colapso. Me gustaría decir que tenemos tiempo infinito, o al menos unos cientos de años para tomar conciencia, pero no puedo. No podemos darnos el lujo de esperar hasta que las condiciones ambientales se vuelvan tan malas que van a obligar a los gobiernos del mundo a mostrar su verdadero rostro, cuando eso pase ya será demasiado tarde porque van a tratar de mantener funcionando este modelo tanto como puedan.

Aun cuando eso pase, la mayoría seguirá pasiva, creyendo que los tiempos de abundancia van a volver, como hoy lo hacen con la nostalgia por el Estado benefactor. Igualmente me parece un poco triste tener que recurrir al argumento del colapso ambiental para tratar de movilizar contra este sistema, como si la explotación, la desigualdad, el embrutecimiento y la nula participación que tenemos en nuestro propio destino no fueran suficientes. Se recurre, en general, a mostrar este escenario ambiental apocalíptico para que las personas se sientan tocadas personalmente, individualmente, porque a ellxs o a sus hijxs les va a pasar esto. Damos por sentado que la simple empatía, preocuparse por la injusticia inherente de este sistema no moviliza, somos, como decía, animales de costumbre que buscamos el placer y evitamos el dolor.

No creo que haya una solución al problema, ni las más grandes ideas y análisis han logrado, hasta ahora, cambiar radicalmente este sistema a gran escala. Propongo, sin embargo, una serie de pasos para organizar una lucha teniendo en cuenta los aprendizajes que nos dejó el pasado.

Por un lado, el sector de la población al que hay que apuntar no es “la clase trabajadora”, sino el progresismo, el reformismo y a lxs revolucionarixs. Si de este conjunto de personas hubiera al menos una parte sustancial que entendiera que la lucha partidaria no funciona, que la democracia es un engaño y que no podemos seguir

confiando a unxs pocxs nuestro destino, que todo el poder actual y pasado está subordinado a intereses económicos perversos y tantas cosas más que hemos dicho aquí, entonces estaremos frente a una base de población con la que podemos trabajar. Por ahora no sabemos ni siquiera cuantas personas están interesadas en un cambio real, no se puede estimar por lxs votantes de un partido u otro ya que los procesos democráticos están muy viciados: muchas personas votan por votar, otras por costumbre o por engaño, no se puede sostener que se vota, en general, por una sintonía en la visión política. Podemos encontrar muchos conservadores votando partidos progresistas y viceversa.

Si vemos el ejemplo del Ejercito Zapatista de Liberación Nacional o bien el de Majnovia queda claro que no hay otro camino posible para las comunidades pobres viviendo sometidas por un Estado paternalista que levantarse en armas y defender su territorio, sin embargo, hay algunas experiencias “capitalistas” interesantes, dónde la comunidad nueva se plantea sobre una propiedad privada, comprada bajo las reglas del mercado. Tanto un camino cómo el otro, me parecen interesantes y si se masificaran estaríamos ante una verdadera rebelión que dejaría al Estado actual “a solas”.

La fuerza que tiene este sistema radica en su elasticidad y su hipocresía, pero también puede ser su mayor debilidad: al tener que respetar sus propias reglas porque no quiere ser visto como un tirano, a menudo tiene que tomar medidas que no le favorecen. Así, el Estado de México tuvo que dejar en paz a lxs insurrectxs de Chiapas, aunque no es lo que habría deseado.

Sostengo, igualmente, que no hay una receta que sirva en todos los casos porque de querer hacer algo así en un Estado paternalista al que no le importa tanto su imagen, los destruiría a todxs sin mayores consecuencias momentáneas, es cierto, a la larga ese tipo de acciones autoritarias terminan sellando el destino del tirano, pero mientras tanto puede matar millones de personas, es probable que la comunidad internacional democrática incluso le deje hacerlo, limitándose a algún repudio oficial intrascendente.

La cuestión central, sin embargo, no pasa tanto por cómo defendernos de ese Estado agonizante sino cómo queremos que sea la sociedad nueva que elegimos construir. Las formas de llegar a esa situación de independencia pueden variar mucho, lo importante es discutir qué construimos a partir de allí, ese ideal nos va a sugerir los medios de alcanzarlo.